TIFLIS: APUNTES AL MARGEN

*Diego Olavarría**

I.

Llego a la sala del vuelo y tres docenas de personas vestidas con abultadas y oscuras chamarras voltean hacia mí: me inspeccionan con atonía y desconcierto, como a un intruso que interrumpe un velorio. Durante cuatro largos segundos sus ojos no se despegan de mi barba, de mi gorro, de la mochila gigante que arrastro por las alfombras de la sala. Acto seguido, vuelven sus miradas a sus manos.

Un altavoz anuncia el vuelo a Tiflis, Georgia. Es el vuelo que espero.

¿Alguna vez pensé que visitaría Georgia? Creo que no. Pero ayer, navegando en internet, descubrí un boleto muy barato saliendo de Estambul, ciudad donde llevaba casi un mes explorando. También descubrí que los mexicanos no necesitan visa para Georgia: al pasar por migración, recibimos un sello en el pasaporte que nos ampara por 360 días. Compré el boleto.

En el avión me sientan entre un adolescente de bigote ralo y lacio, como de pez, y una mujer pequeñísima con la que intento conversar, pero que solo habla un idioma misterioso —ni turco ni georgiano— del que no logro descifrar palabra alguna.

* Escritor, traductor e intérprete. En 2015 ganó el Primer Premio Nacional de Crónica Joven Ricardo Garibay con el libro *El paralelo etíope*, Fondo Editorial Tierra Adentro, CONACULTA.

DIEGO OLAVARRÍA

“Llego a Tiflis bajo la luz de una luna espléndida”, escribe Sergio Pitol en *El Viaje*, libro que dedica uno de sus capítulos a una visita a la capital georgiana. Unos minutos antes de aterrizar, me asomo por la ventanilla del avión: una enorme y espléndida luna llena se refleja en los techos metálicos del centro. Revelación: en esta ciudad los techos son metálicos. Supongo que esa es una de las razones por las que estoy haciendo este viaje: para despejar dudas de las que ni siquiera estoy al tanto.

II.

Mi primera impresión de Tiflis sucede en el asiento trasero del Lada que me lleva del aeropuerto al hotel. El chofer, un armenio que imita el ruido de una metralleta cuando le digo mi nacionalidad, me da un paseo rápido por el centro. A primera vista Tiflis es moderna y europea. Vista de noche, desde un auto veloz, me resulta hasta encantadora: el río Kura atravesado por un moderno puente de vidrio traslúcido, casas de madera construidas a las orillas de las barrancas, avenidas arboladas en las que abundan bellos edificios de estilos arquitectónicos que desconozco.

A la mañana siguiente ha pasado un poco la embriaguez del primer encuentro y, caminando por sus calles, Tiflis me causa un poco de miedo. En mis exploraciones voy descubriendo que la espectacularidad de la ciudad nocturna es en buena medida maquillaje colocado para cubrir los moretones postsoviéticos, bótox arquitectónico aplicado para ocultar el deterioro causado por sucesivas crisis. Basta alejarse un poco de las grandes avenidas para encontrarse con barrios arruinados, casas de madera que las tormentas y las nevadas han podrido, fachadas leprosas y balcones colapsados. Las calles están regadas con estos escombros de una ciudad que se fractura más rápido de lo que se construye.

III.

En el trópico asociamos frío y prosperidad. El imaginario latino correlaciona las nevadas con ciudades en las que no falta ni la calefacción ni el dinero. En la Ciudad de México solemos creer que los inviernos se padecen más que en Oslo, pues las casas y los edificios mexicanos están fabricados con materiales poco aislantes que los hacen fríos e incómodos. Rara vez nos imaginamos el invierno en los países pobres. Quizá por eso me sorprende descubrir que, desde que llegué a Tiflis, no he parado de tiritar.

Si se le considera parte de Europa, Georgia sería, a excepción de Moldavia, el país más pobre de la región: su ingreso per cápita se semeja al de Guatemala. La falta de dinero significa que la calefacción es limitada: los días de nieve en Estambul eran más plácidos que la incipiente primavera georgiana.

IV.

Día dos. Camino por Tiflis. Me encuentro con el río. Cruzo un puente en el que ambulantes ateridos venden piratería, libros viejos y reproducciones en hojalata de los famosos cuadros de Nico Pirashvili. La única publicidad en la calle la constituyen unos letreros negros y sin gracia que anuncian un sitio de póquer en línea (www.maximum.ge). Continúo hacia el norte. El cielo es azul y diáfano, y los árboles están desprovistos de hojas. El invierno los ha reducido a su arquitectura más básica, son meras nervaduras. Descubro por accidente un mercado de antigüedades cerca del río. Ahí hay una docena de puestos que atienden vendedoras rusas; soy el único cliente esa mañana. Las vendedoras ofrecen platos de porcelana con insignias comunistas, candelabros y relojes de bolsillo en cuyas compuertas aparece el perfil de Stalin en altorrelieve. Otro fenómeno propio de las sociedades en crisis: las reliquias familiares, los tesoros que supuestamente se heredarían de una generación a otra, se terminan intercambiando por monedas, billetitos, bolsas de

DIEGO OLAVARRÍA

arroz. “Dame cuarenta dólares por el reloj”, me dice en ruso una babushka de sombrero negro. Le digo que solo estoy viendo. Ella baja la mirada, los ojos llenos de abatimiento y congoja.

V.

A pocos les importa Georgia. A los medios del mundo, por ejemplo, el país les tiene casi sin cuidado. Tras las guerras de los años noventa, Georgia pasó de república soviética a país belicoso con cierta cobertura mediática a pequeño país pobre e ignorado. La transición no fue sencilla: hubo muertos, hubo conflictos étnicos, hubo secesiones de provincias, hubo pobreza y epidemias de drogadicción (la más severa de ellas fue la de Subutex, un opiáceo sintético que en Francia se utiliza para tratamiento de adictos a la heroína, pero que en Georgia se convirtió en la principal causa de que las calles de la capital estuvieran, hasta 2005 más o menos, regadas de jeringas usadas).

El resultado final es algo menos interesante que el proceso que llevó a él: un país de mediano ingreso que no es lo suficientemente conflictivo, importante ni relevante (geopolítica ni económica ni comercialmente) como para llamar la atención del mundo. La mayoría de los corresponsales extranjeros prefieren redactar las notas sobre este país —cuando llegan a ocurrir eventos dignos de ellas— desde Estambul o Moscú. Georgia les inspira poco más que bostezos. El país es fácil de ignorar, y no desaprovechan la ocasión.

VI.

Se dice de tantos lugares que son “puntos de encuentro” que la locución resulta con frecuencia vacía. Pero de Georgia —y la región del Cáucaso— es cierta, y esa es la razón de sus convulsiones. Tierra históricamente disputada por zares y sultanes, por musulmanes y cristianos, por capitalistas y comunistas, por árabes, persas, rusos, otomanos y mongoles, Georgia le debe en buena medida sus problemas a las ambiciones de sus vecinos. El Cáucaso, ese rompecabezas geopolítico, lingüístico y

cultural en el que habitan medio centenar de etnias que llevan más de mil años enfrentándose entre sí, es una de las zonas más conflictivas del mundo: Georgia está peleada con Rusia, Armenia está peleada con Turquía, Azerbaiyán está peleado con Armenia y, tras dos cruentas guerras civiles y varios bombazos en trenes, edificios de apartamentos y estaciones de metro en Moscú, parece que la Rusia moscovita sigue peleada con su apéndice caucásico. Tras el fin de la Guerra de los Balcanes, la región es lo más parecido que tiene Europa a un Medio Oriente. Su posición indecisa entre Europa Oriental y el Medio Oriente sugiere eso: que es ambas. Europa medio-oriental, podríamos llamarle.

Uno supone que Georgia es un lugar antiguo, un país donde las civilizaciones del pasado han dejado huellas y marcas. Y en buena medida es cierto, pero en buena medida, no. Georgia se independizó en 1991. Al igual que todos los países nuevos, ha navegado a contracorriente. Ha tenido que reinventarse y escoger su identidad. De ese proceso, algo queda claro: los georgianos han elegido ser Europa y no Asia ni (Dios los libre) Rusia, nación con la que mantienen una relación de necesidad y de odio. Han elegido no ser una ficha política del país que los tuvo sometidos desde 1801 hasta 1991.

Desde un principio, y al igual que en toda la Unión Soviética, los georgianos echaron abajo las estatuas de Lenin. La principal, la de la Plaza de la Libertad, fue sustituida por un San Jorge de oro.

Paso por ahí a eso de las tres de la tarde. El sol brilla fuerte y el reflejo del metal lastima los ojos. La elección decorativa refleja un fenómeno social que ocurrió en casi todos los países que se desbandaron de la Unión Soviética: el reemplazo de atavismos. En Georgia, el dogma comunista se intercambió por religiosidad ciega; al comunismo a ultranza lo reemplazó un capitalismo sin cuestionamientos.

Las repercusiones sociales han sido extremas: hoy por hoy, el georgiano se ha consolidado como uno de los pueblos más conservadores de las repúblicas soviéticas, particularmente entre sus jóvenes. En una encuesta de 2010 se indica que 46% de los georgianos de entre 18 y 35 acude a servicios religiosos al menos una vez al mes; entre los mayores de 56 (la generación que se educó en tiempos comunistas), la cifra alcanza apenas el 21%.

DIEGO OLAVARRÍA

Para la Iglesia ortodoxa georgiana, el conservadurismo social se ha traducido en poder desmedido: dicha institución se ha vuelto todopoderosa e imposible de criticar. Así como hace treinta años era impensable hablar mal del Partido Comunista, hoy en Georgia no hay político al que se le ocurra llevarle la contra a la Iglesia: el patriarca tiene hoy la mano más besada del país y concentra un poder político que se equipara más al del ayatolá iraní que al de un cardenal europeo.

Tal vez ningún edificio simbolice mejor esta nueva época de poderío eclesiástico que la Catedral de Tiflis. Al contrario que los hermosos y discretos monasterios e iglesias que salpican el país, la catedral es un monstruoso gigante de mármol que se construyó en los noventa con donaciones anónimas de empresarios deshonestos. Además de carecer de un ápice de carisma y ser fea como un *transformer*, la catedral parece haber sido erigida únicamente en un gesto rebelde de reafirmación independentista: la versión arquitectónica de un adolescente que se perfora la nariz para provocar la ira de sus padres.

VII.

130 Tiflis huele a cigarro. Huele al pasado cercano, a tiempos en los que el tabaco impregnaba los recovecos de todas las ciudades del mundo. Georgia es uno de los países más fumadores del mundo y casi nunca se abre una puerta sin que eso implique recibir un golpe de halitosis, de humo que lleva horas mezclándose con la débil calefacción que flota dentro de los edificios. Sin embargo, y a pesar de sus interiores malolientes, no puedo dejar de mencionar que los restaurantes en Georgia son baratos y excelentes. Ya he comido *khinkali* (ravioles georgianos; los venden por pieza), estofado de frijoles con nuez, *khachapouri adjaruli* (una supernova calórica: pan recién horneado, con un huevo flotando en un cráter de queso y mantequilla derretida), así como los *badrijani nigvzit*, unos rollitos de berenjena con nuez, páprika y arilos de granada, que guardan extraño paralelismo con los chiles en nogada. La comida se acompaña con tragos helados de una cerveza oscura y muy fuerte llamada Nakhaktari, o con vino de la región de Kakheti (los

georgianos no pierden la oportunidad de presumir que, aunque los franceses se han hecho famosos vendiéndolo, el suyo fue el primer país en fermentar la uva).

Georgia no exporta muchas cosas. Pero no cabe duda que a lo largo de su historia exportó a muchos compatriotas. Los arcos de algunas ventanas recuerdan a las casas moriscas del sur de España, la sinagoga a la que el viento le arrancó el techo evoca el pasado judío. Los baños persas están decorados con azulejos importados de Irán. En el extremo de la ciudad, junto al cerro, hay una última mezquita. El centro de Tiflis es un homenaje arquitectónico a sus numerosas diásporas.

VIII.

A Clément lo contacté por *CouchSurfing* para pedirle alojamiento. Es francés, tiene 26 años y lleva seis meses viviendo en un apartamento de Vake, la zona más próspera de Tiflis. La verdad es que, si no me lo hubiera dicho, ni me habría enterado de que se trata de una zona opulenta: de noche no hay alumbrado público y el edificio de Clément está rodeado de boquetes en la tierra, basureros y tienditas que venden galletas de azafrán iraníes (recordatorio: Persia está más cerca que Europa). Clément vive en un edificio de catorce pisos y el elevador es muy viejo. Para que funcione es necesario echarle una moneda de 5 centavos de lari, algo así como cuatro centavos de dólar, costumbre que nunca antes había visto. Respecto a la decoración del apartamento —tapices rojos y dorados en las paredes, cocina de mosaicos negros, una columna dórica en el centro de la sala—, Clément se disculpa. “Lo sé: parece que contrataron a Borat para decorarlo”, bromea.

El apartamento está en el nivel catorce. Sin embargo, dado que el elevador solo llega hasta el trece, Clément sospecha que su piso fue construido sin permiso, algo nada difícil de imaginar en un país como Georgia que, al igual que casi todos los países soviéticos, fue durante muchos años (y sigue siendo) corruptísimo. Por otra parte, los acabados entre eclécticos y modernos del apartamento revelan que el casero probablemente sospechó desde un principio (Clément cuenta que el aviso

DIEGO OLAVARRÍA

en el periódico advertía que la renta era en dólares) que el alquiler de este apartamento solo lo iba a poder costear un gángster o un extranjero.

La ventana de la cocina del apartamento tiene una vista increíble de unos monoblocs soviéticos y, más allá, una cordillera de escarpadas montañas nevadas. En cambio, la sala está orientada directamente hacia un cerro en cuya punta hay una antena de televisión con forma de aguja hipodérmica y también una rueda de la fortuna que en las noches se ilumina y va cambiando sus luces como si fuera un interminable cohete chino de colores. Tiflis es una ciudad donde hasta hace poco los apagones eran cosa de todos los días y donde siguen ocurriendo con frecuencia. Pero estos nunca afectan la rueda de la fortuna. Ella es la única que despilfarra luz y color en esta ciudad oscura y gris.

IX.

Shota Rustaveli es el poeta nacional de Georgia. Su poema épico del siglo XII, *El caballero en la piel del tigre*, es la obra más venerada de Georgia. Rustaveli es, también, el nombre de la principal avenida de Tiflis: una calle de bellos palacios que el gobierno lleva años intentando rescatar. No es para menos: las fachadas, que combinan elementos neoclásicos con detalles moriscos, son la razón por la que muchos concuerdan en que Tiflis es la ciudad más bella del Cáucaso. Pasearse de noche por la remozada Rustaveli, bajo las luces sepia que alumbran los edificios, es un deleite.

Pero hay algo sospechoso acerca de la avenida Rustaveli: tras algunas de las espléndidas fachadas uno se encuentra con tiendas donde se venden lavadoras y licuadoras; algo así como sucursales de Elektra construidas adentro de palacios. En otros casos, asomarse por alguna ventana basta para descubrir que varias de las magnánimas casas están, por dentro, abandonadas y en ruinas.

La deducción es triste: la economía no ha avanzado al mismo paso que las ambiciones georgianas por embellecer su capital. Rustaveli es una avenida Potemkin: el homenaje perfecto a un poeta consagrado al que todos admiran pero nadie lee con atención.

X.

En mi segundo día en el departamento de Clément aparece la hija de los caseros, una estudiante de medicina de veinte años, pelo zanahoria marca L'Oreal y enormes ojos cafés quien ha subido a cobrar la renta. Apunte al margen: esto es el Cáucaso, pero las personas no son necesariamente caucásicas, como lo dictaría un censo de población de Estados Unidos. Es decir: son blancos, pero rara vez rubios; los ojos no son ni rasgados ni redondos. El fenotipo georgiano es, lo mismo que su país, un eslabón: está en un punto medio entre Europa y Asia. No es una cosa ni otra. O tal vez es ambas. Es difícil decidirlo.

Clément la invita a pasar, nos presenta, y luego le pide que adivine de qué país soy. Ella intenta varios países europeos y, frente a las negativas, acaba por rendirse. Entonces Clément le revela que soy de México. Ella se me queda mirando, perpleja.

“¿Ahí queda La Habana?”, me pregunta.

XI.

En mi penúltimo día en Tiflis, Clément me acompaña al mirador del parque de diversiones que queda en la montaña, junto a la torre de tele-difusión con forma de jeringa. Hace frío y los juegos están cubiertos de hielo: estalactitas gigantes cuelgan de las góndolas de la rueda de la fortuna. Nada está en operación. A Clément, saboyano, el frío le tiene sin mucho cuidado. Yo, mexicano, tiritito sin control.

Alcanzo a apuntar lo siguiente en mi libreta: “Tiflis tiene cierto aire como de Asia Central. Lo digo literalmente: sopla duro y cala los huesos. Parece importado de Siberia. Tal vez esta ciudad esté más emparentada con Mongolia que con Moscú: si uno se para en un mirador, cae en cuenta de que, a pesar de ser un país pequeño, las praderas son extensas y las montañas son altas. La sensación de cercamiento es inevitable: Georgia es un mundo que existe entre estos picos nevados, entre estas colinas donde los georgianos escriben poemas en su alfabeto georgiano y luego se meten a sus iglesias georgianas a rezarle a un dios georgiano. Quizá el mundo ignore a Georgia, pero me parece que a Georgia eso le tiene sin cuidado.”

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.